

cursos de mecánica con nota sobresaliente. Si uno toma una llave que no es del caso, se inunda el cuarto de tal modo, que la alfombra no basta para engullirla ; si se toca un resorte sin cuidado, á medio enjabonarse la persona se queda enteramente en seco, y hay que acabar el lavatorio con el agua de la alfombra ; si se tira de un pomo dorado tentador, se oye un ruido de cascada que parece que el Niágara anda por dentro del piso ; una espita existe, tan rara que no nos hemos atrevido á probar sus funciones por temores y vagos presentimientos.

Pero si el uso de las aguas es difícil, más lo es el de los perfumes de la viuda que se quedaron olvidados, con los cuales nos perfumamos y se perfuma á todo el que se presenta. No llega visita que no se vuelva con olor de violeta, ó heliotropo, ó ácido fénico, ó creosota, que de todo existe en la *toilette*, y hay que andar con más precauciones que si estuviéramos en casa del boticario. Todo son olores en la casa y en la isla ; todo huele á perfume de la viuda, de tal modo todo se resiente de esta mezcla de odoríferos, que hasta este largo capítulo, temo, huela á cansancio, y por lo tanto concluyo.

Aquí estamos instalados y dispuesto á escribir impresiones. No nos falta panorama. Los dos brazos del Sena abrazando estos solitarios muelles ; *Notre Dame* en frente con sus torres gemelas y su esbeltísima osamenta ; *El Pantéon* á un lado y el *Hôtel de Ville* al opuesto ; los millares de casas que por doquiera se dominan, el rumor del gran París á lo lejos, la tranquilidad de cerca, y sobre todo el que la isla sea *isla*, hacen de ella un punto de hermosa calma y dulce recogimiento.

## II

## El personal

Una vez enterados, por mi capítulo anterior, de la topografía y situación de la isla que habitamos, del piso en que vivimos y otros detalles, contados con una minuciosidad que raya en abuso de confianza, seguiré abusando, á pesar de sentir asomos de arrepentimiento, y daré pormenores biográficos del personal que puebla nuestras habitaciones, hiriendo á traición, en el relato, la modestia de mis queridos amigos y contando en letras de molde lo que sepa de sus artes y virtudes.

Compónese el personal de cuatro personas distintas y cuatro naturalezas. Son las tres primeras, las de Jordá, Uranga y Zuloaga, y es la cuarta la del que firma, de la cual no hablaré por ser la que me es menos conocida y tengo menos estudiada. Las cuatro están reunidas por los vínculos del arte, por el afán de hallar en el trabajo un descanso que ha de ser definitivo y seguro, según promesa de gente que entiende en estas cosas, por la fe en los goces del espíritu y la profunda admiración en las cosas de la plástica ; por una esperanza que raya en lo candoroso, y también (aunque sea cursi hablar de patria en estos momentos no históricos) también para poder hablar nuestra lengua cuando el corazón nos lo demanda, y acuden los entusiasmos con tal prisa, que no se pueden soltar en lengua ajena sin que ella salga atropellada y atropellados nosotros.

Son Uranga y Zuloaga vascongados, y es Jordá cafalán, y yo también, y todos lo tenemos á mucha honra. Los cuatro, aunque de distintas regiones, marchamos de acuerdo en un sin fin de detalles de la vida, y estamos de acuerdo en muchos puntos importantes. En arte sentimos profunda admiración del pasado, tenemos algún escamamiento del presente, y en cuanto al porvenir, ni lo vemos de un color de rosa claro, ni tampoco de negro turbio, creyendo profundamente que, sea cual fuere el camino que el porvenir nos depare, hay que seguir andando, so pena de quedarnos sentados como el moro á la puerta de su casa ; en política tenemos la de no tener ninguna: sabemos de cierto que no somos partidarios de los que mandan, que los que mandaron antes no responden tampoco á nuestro programa político, y en este ramo sí que esperamos, aunque sin gran esperanza, que pase algún gobierno, ó lo que sea, que se cuide un poco del prójimo, tan descuidado hasta ahora. En cuanto á bienes materiales, deseamos un bienestar pasadero para alimentar nuestras manías ; la inspiración de vez en cuando de un comprador de obras modestas y suficientemente recatadas ; el arranque de hacerse retratar alguna persona pudiente de facciones regulares, que deponga en nosotros su confianza y venga provisto de una buena voluntad ; el artículo de fe de algún prójimo bondadoso que estimule nuestro arte para seguir estudiando con un encarnizamiento, si no digno de mejor causa, digno de otro personal ; y por fin, tocante á bienes morales, la conservación intacta de un buen humor á prueba de contrariedades y disgustos, y la alegría del alma, como es-

pléndido regalo de lo que suele ser avara en otras cosas la espléndida Naturaleza.

Si en otros puntos generales estamos también de acuerdo, el camino de lograr nuestros deseos es distinto. En cada distinta persona, cada cual tiene su propio carácter dentro de la general armonía, su modo de ser diferente, y esto se va viendo á la ligera en los rasgos principales de la vida de cada *número* de nuestra modesta colonia.

Jordá, por ejemplo, es la palabra en persona y Uranga es el silencio. El primero, conocido en Barcelona como crítico, no puede aquí criticarnos por escrito: ha de aguantar sus ímpetus por falta de letras de molde, y nos lanza, en cascadas de palabras, los discursos que tiene en el pecho acumulados, con un encarnizamiento perdonable por otras muchas virtudes. Como es corresponsal y ha de andar de Ceca en Meca á caza de la noticia que se escapa, de la bomba que revienta, de la casa que se incendia, del Gobierno que cae, ó ha de caer, ó se le empuja para que caiga más pronto, de la comedia que se estrena, del asesinato que ha de haber para que pueda lucirse, del jaleo universal y la dirección de la política y de los cuatro vientos cardinales, claro está que en cuanto llega la noche ha de soltarnos aquella tremenda lluvia de sucesos, sin piedad para el bienestar moral de los pobres habitantes de la casa.

Sólo hay tranquilidad en ella cuando no pasa nada en el mundo ; ¡ que no hay desgracia que no tengamos que saber, ni desventura universal que no llegue á nuestros pobres oídos ! El día que el globo terráqueo está tranquilo, llega Jordá triste, como

una triste llorona de sepulcro ; se sienta al lado de una mesa taciturno y se está horas enteras soñando en días más venturosos de grandes calamidades.

En cambio, como decía, Uranga no suelta la palabra sino en los días tranquilos, en las tardes serenas, en las horas de plácido bienestar, cuando el Sena transparenta « Notre Dame » y la isla parece dormir. Los días grises, las negras tempestades del invierno, las nubes corriendo por el aire, la niebla bajando al río, cualquiera mal humor de la Naturaleza le dan tal nostalgia en su espíritu, que acurrucándose poco á poco dentro de los pliegues del jaique, va entrándose dentro de la boina, vá doblando los brazos y las piernas hasta convertirlas en un puñado de huesos, y así desaparecido como pájaro resfriado, espera un poco de sol ó un poco de primavera, soñando lo que no habla y pensando en su vascongada tierra.

Allí, en su infancia, sus padres quisieron que fuera cura, que estudiara latín y retórica y filosofía y demás, y menos este último demás, estudió todo el resto ; pero como lo estudió sin entusiasmo, ya que otras ideas minaban su entendimiento, sintiendo otra vocación naciente, dejó los hábitos de la religión cristiana, para entrar en la religión del arte sin hábitos y casi sin sobretodo, pero henchido de las grandes esperanzas que da de sí esa pintura del diablo.

Con ella solamente llegó á Madrid, y con ella y poquísima cosa más, vivió tres años, si vivir es llevar vacío el cuerpo y llena de bote en bote la cabeza ; vivió del modo que pudo, pintando aquí, no vendiendo más allá ; siempre sumiso á la fatalidad ma-

jadera, que abusa muchas veces del poder que se le tiene concedido, siempre callado para no ofender á la fortuna con un insulto merecido, y siempre esperanzado y confiado en cambios de cosas inesperados, en mejoras de tiempos, en imprevisiones raras de las leyes metafísicas.

Llegó á París un día, y á su llegada notó lo que ya temía de lejos : esto es, que no llevaba ni un céntimo en el bolsillo. En vano registró las interioridades del forro interno de la ropa ; consultó los rincones que hay que consultar en estos trances : no había más que el más profundo vacío en todas partes ; la nada, en símbolo, con toda su insondable perspectiva.

Lo que hizo entonces para salir adelante con su arte y por su arte, sería tan largo de ser contado, que á mí se me llevaría el tiempo y al buen lector la paciencia.

Baste saber que comió á trueque de retratos de fondistas, feos la mayor parte é ignorantes de toda delicadeza de arte, que no fuese arte de la cocina ; que no pintaba más que hombres ó mujeres acostadas, porque los modelos no cabían de pie en su estudio ; que se asoció con un negro, un auténtico negro del Senegal, de esos que no se destiñen, para ambos á dos hacer economías, y por fin tras de muchos rodeos y privaciones de los alimentos primarios, vino á parar en mono sabio en la plaza de *Pergolesse*.

El día de su debut, confiesa Uranga que estaba realmente conmovido. Verse el frustrado cura delante de aquel público numeroso, él, tan callado y enemigo de vanidades mundanales, verse, sobre todo, delante de aquella fiera de pésimas intencio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nes, asaz belicosa é imprudente, él, tan pacífico y poco amigo de jaleos, francamente... le conmovió todo aquello las más hondas fibras de su alma. No es que tuviera miedo precisamente en sus adentros, que bien se lo perdonaríamos la mayor parte de los españoles, sin que le impresionara la poca cordura y mala crianza de la bestia, que andaba suelta por la plaza, obrando á su antojo de un modo que no puede alabar ninguna persona decente, ni que le faltara el valor « delante del extranjero » ; pero á pesar suyo, cada vez que el animal se le acercaba, sentía deseos de marcharse con el valor á otra parte y retirarse á la vida privada del sosiego, dejando que la fiera persiguiera á todo el mundo, sin distinción de clases ni miramientos de jinetes ó peones.

Seguramente, nuestro Uranga no nació para torero. Por más que los toros de aquí fueron toros de zarzuela, aun así le mortificaban con sus costumbres. No podía comprender que hubiera fieras que mataran á los hombres sin comérselos, ni hombres que lucharan con quienes no eran sus semejantes; y, después de cavilar todo esto, y de hacer el retrato del *toreador en jefe*, y de marcharse sin pagárselo, resolvió pintar corridas de toros de lejos, en vez de verlas de cerca, y en esta nueva pintura nuestro hombre encontró un camino más conforme con sus ideas estéticas, y de más fácil acceso á una alimentación más segura y nutritiva.

Entonces fué cuando conoció Uranga á Zuloaga, y cuando yo conocí á esta tercera persona de la casa.

Llegaba de Roma Zuloaga, y llegaba con el entusiasmo de sus apenas veinte años, alto, robusto, cuadrado como esos campesinos de su patria, y con

un carácter entero, noble, de una sola pieza. Para él no había términos medios. Los hombres juzgábalos bandidos ó grandes héroes, demonios ó santas las mujeres; los cuadros eran para tirarlos al fuego ó para llevarlos al Louvre; al dar la mano, ó daba el alma con ella, ó recibía á los hombres sin una palabra de las que los hombres emplean de amanerada cortesía. Para él no existía la sonrisa; reía á carcajadas ó cruzaba el entrecejo; en pintura fueron y son las medias tintas su continuado tormento; gritaba ó callaba enteramente, ya que nunca amó la media voz, ni juzgó oportuno los secretos entre amigos, creyendo que el hombre que obra con rectitud puede lanzar el pensamiento en voz alta.

Llegaba entonces influído de lo malo de la moderna escuela española, con todo el fardo de sacos que había visto y la guardarropía de una pintura de trajes desteñidos y sudados; llegaba henchido de esperanzas y ambición de trabajar; ansioso de hallar un camino adecuado á su gran temperamento, febril de entusiasmo por su arte, al que quiere con la emoción de un ardiente corazón enamorado... y allí, en su Montmartre, para vivir en silencio, para trabajar en la sombra esperando la claridad, alquiló un estudio con vistas al cementerio, rodeóse de soledad, quedóse sólo con su pintura, soñándola por la noche, y tomó un criado loco, de extrañísima locura.

Pedro que así se llamaba el criado, no reconocía más que á Pí Margall como hombre y al mañiquí como mujer, de quien estaba enamorado como un loco. « Tú sola — le decía arrodillándose delante de aquel trozo de madera que consideraba su ídolo,

— tú sola mereces el nombre de mujer en este mundo ; tú eres de madera y trapo, pero tienes el corazón de oro puro. En tus oídos no entran las blasfemias de los hombres, ni brota de tu boca la falsedad ni el engaño. Pí Margall, — añadía, llorando á lágrima viva, — tú que todo lo puedes, conserva la pureza de este astro ; no la dejes caer en el fango que nos rodea ; bien sabes que ella y tú sois mis dos únicos consuelos. »

Este sermón, repetido á lo infinito, oíalo Zuloaga todo el día con una voz quejumbrosa ; y pintaba encerrado con el loco, preguntándose muchas veces á sí mismo si el arte no era también otra clase de locura, como tantas locuras existen de hombres que andan sueltos por la tierra... si aquella pintura idolatrada no era, como el maniquí, un ser inmóvil, cuya vida tenía que hacer brotar el pobre artista, y si el hombre era capaz de lanzar, sobre la frialdad de la tela, un átomo tan sólo de la luz, de aquella radiante luz, esparcida en el espacio. Por todos lados no veía más que hombres luchando con la materia para convertirla en espíritu ; bregando con la miseria para seguir adelante con la antorcha de la fe ; atizando la inspiración en el cráneo y buscando procedimientos para parir la obra vivida por dentro. Pasábale lo que nos pasa á todos, al llegar á este París de lucha ; tanta escuela, tanto refinamiento en las ideas, tanta pesquisa en pos de un estilo propio, le tenían mareado. El, sombrío de temperamento, se aturdía ante las minuciosidades de espíritus enfermizos, ante las utilidades de acuarelas japonesas, ante los refinamientos de misticismos decadentes ; él, forjado de un solo enérgico trazo, no

podía comprender á las ánimas del purgatorio del sueño, los tristes visionarios de la línea, los sútiles buscadores de la infinita armonía, y andaba de tela en tela preguntándose tristemente qué camino era el bueno entre tanto barullo, tantas voces, y tanto arte y talento gastado, en este *cerebro* ardiente que se llama el gran París.

Probó diversas maneras, tanteos de un alma que duda y quiere y le falta una fe que le convenza ; extremó el procedimiento en pos de la fuerza del color, forzó la línea subrayando el carácter del dibujo, divagando entre tantas tendencias diferentes, hasta que un día contemplando las copias fotográficas de los grandes maestros españoles, vió en su ejemplo la augusta línea de conducta que se amoldaba á sus sombríos sentimientos, y fijó el plan de sus futuros estudios, con la rápida convicción del que ve abrírsele de par en par las puertas de la esperanza.

Moro, Coello y Ribera, hablábanle de cosas grandes y concisas ; entusiásmábale el gran Velázquez ; pero sobre todo el Greco, con su energía y su locura, con su sobriedad pasmosa, fué desde entonces su ídolo, el santo ejemplar de Zuloaga.

Marchóse á España y, sin detenerse en Madrid un momento, llegó á Toledo, y á las diez de la noche presentóse en la capilla donde se guarda el famoso « Entierro del Conde de Orgaz », obra suprema del artista portentoso. Estaba cerrada la Iglesia y llamó al sacristán ; y entre ambos entablóse este diálogo : Quiero ver el *Greco* ahora mismo. — Es imposible, vuelva mañana. — Ha de ser ahora mismo y aquí tiene V. cinco duros ; pero enséñeme el *Greco*.—

Repito que es imposible. — Ahí van diez y traiga V. la llave, porque vengo de París expresamente para ver este cuadro. Cedió el sacristán y, á la luz de una antorcha, vió nuestro amigo aquel sublime portento, aquellas figuras nobles y demacradas, alrededor de aquel muerto, aquella gloria pintada por la locura de un genio, y quedóle de aquella nocturna visita una de esas impresiones de los goces del espíritu, que no se borran en el curso de la vida y que pagan en un momento, al pintor entusiasta, los sinsabores y desdichas de su arte.

¡ Ah, el Greco! dijo al volver y lo repite á cada instante; Aquello es coger el alma del dibujo, con las incorrecciones del hombre! ¡ Aquello es sentir el hueso bajo del músculo y aquello es sentir el carácter de la línea! Aquello es ver el color, con el sentimiento de la suprema armonía, sentir el valor de los tonos, pintar haciendo olvidar la pintura! Lo demás son pamplinas, añadió, (con los ímpetus de su carácter, que borraba de una plumada lo que no era de su gusto) lo demás, son histerismos, ó concepciones correctas. El *Greco* fué desde entonces y es fácil que siga siendo su maestro favorito.

En sus obras marcóse la influencia del pintor, visto por ojos que han aprendido á ver de la moderna escuela francesa; en sus asuntos, vagando entre la penumbra, se adivina un sentimiento severo, un alma taciturna, un temperamento serio, un hombre que no transige con las tontas exigencias del que paga y que, al fin, ha encontrado su camino y anda con la frente alta. Retratos á media luz, fondos oscuros, cabezas veladas en la sombra, han sido siempre sus asuntos predilectos, sus temas fa-

voritos, sus amores de artista, la nota de un sentimiento que sufre del deleite en los tonos de las obscuras miserias.

De una de ellas, para terminar, he de contar una anécdota. Un día llegué al estudio de Zuloaga y le encontré con su modelo.

Noté cierta tristeza en la casa. Pedro estaba más loco que nunca, gritándole al maniquí sus amores; Zuloaga se apoyaba la frente en la mano; la modelo miraba en el fondo el cementerio de Montmartre, que iba apagándose con la postrera luz del día, cuando me dijo mi amigo. — Venimos de enterrar á la hermana de ésta... — he pintado una cabeza de la que no estoy descontento.

Fué á buscarla y la puso en su caballete. ¡ Era la muerta: joven y hermosa, con las mandíbulas atadas con un pañuelo y cavernosos los ojos!

La miramos como pintores. La mirábamos y...

Vino la hermana y, como mujer *inteligente*, la discutió como si fuera una extraña, como si aquella cabeza, tibia aún de la mano del pintor, fuera para ella un estudio, como una tela más que veía indiferente.

Mirábamos mudos de asombro Zuloaga y yo aquel estudio macabro, aquel cementerio al fondo, aquella penumbra en la tierra... y aquella obscuridad de alma nos llevó el frío á la nuestra. — Tú fuiste buena — (oímos gritar al loco, dirigiéndose al maniquí) — tu fuiste la única que amé con todo mi corazón; estoy cansado de ti, y hoy te veo impura como las otras, como si fueras de carne. Perdóname, Pí Margall, si mato la postrera esperanza de mi vida...

Dijo; — y de un tremendo puntapié derribó su maniquí, que cayó con espantoso estruendo entre aquella obscuridad de una tarde moribunda.

---

### III

#### La oración del domingo

Cada domingo que llega en esta tierra, que por cristiana tiene también sus fiestas, cuando el reloj de Notre Dame, que tenemos enfrente, (y del que estamos orgullosos) señala la una en punto, como quien cumple una obligación gratisima, como quien va commovido á la *llar* de sus mayores, nos dirigimos al Louvre los cuatro habitantes españoles de la isla.

Para ello no hay más que bajar á la calle, y allí, como una Venecia, encontrando el propio Sena que no varía de curso, manando agua con una constancia digna de servir de ejemplo, esperamos una *golondrina* al pie mismo de la casa y en ella subimos y damos la señal de marcha.

Ir al Louvre, extasiarse delante de las grandes obras de los artistas que fueron, compenetrar en sus cuadros y en sus mármoles el espíritu que les dió vida, aspirar su aroma, ése especial aroma de noble

engrandecimiento que se desprende de la suprema belleza, es como un culto al recuerdo, como una religión sagrada, como un deber que cumplimos.

Esa fe nos lleva más que el barco, con todo y andar ligero, á alejarnos de la isla y vamos contentos como quien va á una gran fiesta, diciéndoles á los ojos: — hartaos de hermosura ¡ oh, codiciosos! — y diciéndole al corazón: — prepárate á palpar, si aún eres de hombre; que toda creencia en algo superior, toda fe en la sincera creación del arte realizado, en el pensamiento hecho obra, da consuelo al alma del que es creyente, aromatiza su espíritu, llena la mente de bálsamo, y aparta los abrojos y las tristes realidades que brotan en el árido camino de la vida.

El que nos conduce al Louvre, esa vía de agua, aun siendo turbia y mortífera, la vemos clara y transparente estos pobres isleños interinos, porque llevamos por guía la esperanza, porque vamos á ver algo creado, y pensamos que soñar en la belleza que pasa es ya vivificar el corazón del hombre, detener esa belleza y darle forma es obra ya del talento; però crearla de la nada, hacerla brotar de las cenizas ó del fango, darle vida de la sangre y prestarle el pensamiento para perpetuarlo en la tierra, es obra á la que sólo llega el genio, obra de semi-dioses que legan el alma de su vida, encarnados en sus obras milagrosas, y dejan tan sólo á su muerte, que se los lleva codiciosa, un trozo de pobre materia, seca y vacía, de sus prodigiosas obras.

Pero ellas quedan y pronto vamos á ver algunas delante de nuestros ojos. Ellas quedan, y al pensar que á ellas nos acercamos, sentimos lástima verda-